

BERTA PICO Y DOLORES CORBELLA (EDS.), *Viajeros franceses a las Islas Canarias: Repertorio bio-bibliográfico y selección de textos*, La Laguna: Instituto de Estudios Canarios, 2000.

Se recordaba a sí mismo, pero a tal distancia, que se dirigía a aquel niño en tercera persona, como si de un extraño se tratase: *Luego supo que algunas de aquellas obras eran famosas en la literatura de viajes, como la del capitán Cook o las exploraciones de Stanley en busca de Livingstone. El niño entonces sólo sabía contemplar largamente los grabados e ir de ellos al texto, saturándose de la variedad, de la vastedad, de la maravilla del mundo.* Al pequeño Luis Cernuda le bastaba la imaginación para atravesar mares y superar inaccesibles cordilleras, inmerso en su amada soledad, la «isla feliz» que lo separaba del mundo pero a la vez le permitía deslizarse por el interior de aquellos sorprendentes libros. A Luis Cernuda le bastaba la visión interior para atesorar ojos y mente de «lo otro» desconocido, para alimentar su espíritu con un «deseo de ver» que ya nunca lo abandonaría. De aquellas sesiones de lectura aprendió que *ni la vida ni el mundo eran, o al menos no eran sólo, aquel rincón nativo.* Es ésta la capacidad de asombro que el viaje potencia en el hombre —la «infinita distancia de sí mismo respecto a sí mismo» en palabras de Eugenio Trías—, una puerta que permite trasvasar la monotonía cotidiana, que amplía los horizontes aparentemente inamovibles, que activa el «nervio metafísico», a estas alturas de la evolución humana entorpecido o paralizado por completo a falta de una mínima pero apremiante activación. Y después del periplo, cuanto están ya distantes los descubrimientos y los acaeceres, su narración, el encantamiento de la palabra que hilvana, asistida por la memoria, unos y no otros regocijos de la mirada, extrañezas del ánimo, anécdotas sobre sucesos inesperados, conflictos entre la imaginación creadora y la realidad descubierta, reconsideraciones de ideas preconcebidas o peregrinas... Una necesidad vital, acaso ontológica del hombre, que lo libera de las magnitudes que circunscriben su existencia, el espacio y el tiempo, todo un orden rememorado que queda suspendido en virtud de la recuperación por la palabra:

«Ayer como hoy, uno de los placeres del viaje es contarlo, plasmar el instante fugitivo para el

recuerdo o reavivarlo en la memoria, unir experiencia y relato [...] Se puede decir que los autores de textos apodémicos hacen suyo el lema benedictino *contemplari et contemplata aliis tradere*, contemplar y transmitir a los demás lo contemplado».

Son las profesoras Berta Pico y Dolores Corbella las directoras de *Viajeros franceses a las Islas Canarias*, el amplio repertorio y estudio de textos que, abarcando más de cinco siglos de relaciones franco-canarias —desde la primera crónica de la conquista, *Le Canarien*, hasta las *Impressions et observations dans un voyage à Ténérife* escrita en 1910 por J. Mascart—, da cuenta de los detalles del paisaje, las costumbres o los mitos que llamaron poderosamente la atención de marinos, naturalistas, comerciantes, cosmógrafos, aventureros, científicos y otras modalidades de viajeros que así dejaron fe de su experiencia. Junto a las directoras mencionadas, otras seis profesoras e investigadoras: Cristina G. de Uriarte, Clara Curell, Maryse Privat, Ana M<sup>a</sup> Real y Cristina Badía. Su trabajo colectivo ha hecho posible este «Repertorio bio-bibliográfico y selección de textos», el último título con que el Instituto de Estudios Canarios culminó sus publicaciones correspondientes al año 2000 que recientemente despedimos.

No hará falta mencionar el interés de la compilación propiamente dicha, con todas las notas que sus autoras han creído necesarias para la adecuada contextualización histórica y cultural de cada uno de los autores y escritos seleccionados. Ordenados cronológicamente y aun reconociendo «su carácter incompleto y parcial», lógico en este tipo de trabajos que están sujetos, en cualquier momento, a la posibilidad de un hallazgo en el lugar más inesperado, aspiran a facilitar la labor de investigaciones subsiguientes «no tanto por su contenido actual cuanto por la información que permitiese acceder a otros contenidos posibles». Un repaso a su introducción permite observar la rigurosidad con que esta labor de documentación ha sido realizada. En primer lugar, la necesaria distinción entre *journal*, *voyage*, *relation* y *aventures*, con la delimitación específica de sus campos semánticos, habida cuenta de los diccionarios de la época. Luego, la instancia que posibilita todos estos iti-

nerarios y trayectos de expediciones que, directa o indirectamente, arribaron a nuestras costas: el carácter curioso y empírico del siglo XVIII, «cuando comienza la segunda era de los descubrimientos, el progreso de las ciencias de la navegación y las innovaciones técnicas hacen de las islas escala y destino de misiones científicas», entre otras campañas oficiales francesas de exploración marítima. Y, seguidamente, la descripción del viajero ideal —de saberes más prolijos y minuciosos que el caballero renacentista—, el personaje más popular en la Francia literaria del Siglo de las Luces, capaz de leer en el «gran libro del mundo»; y, con él, el afán de veracidad y exactitud tan caro a una época muy proclive a la propedéutica y la didáctica. La introducción se cierra, finalmente, con algunas de las imágenes míticas del Archipiélago: San Borondón, el Garoé o la Selva de Doramas.

«Así, la visión completa y cambiante [...] proporciona una memoria caleidoscópica, una historia de una mirada ajena, extranjera, que constituye una fuente de información de gran riqueza para la historia de las mentalidades y para cuantas disciplinas se ocupan de profundizar en el conocimiento del pasado de este Archipiélago y sus habitantes»

En definitiva, un «Paraíso Perdido», lejano, descubierto por los ojos extranjeros en nues-

tras Islas, por aquel entonces espacios en los que la espontaneidad de lo primitivo, envuelto en el elixir de un paisaje deleitoso, provocó en ellos la voluptuosidad de lo nostálgico. Socavados sus bosques, arrasados los barrancos y los campos, irreconocibles las costas bajo un manto homogéneo de construcciones para el disfrute del turismo, las Islas son hoy, más que nunca, un paraíso definitivamente perdido para las nuevas generaciones de canarios. La hostilidad de las autopistas, torres, hoteles y apartamentos suplantando los manantiales, las extensiones plataneras, la frondosidad de los montes que conocieron aquellos viajeros franceses. El afán de lucro de unos pocos —entre los que se encuentra la plana mayor de nuestros políticos— ha logrado imponer en nuestro territorio insular un falso progreso, incontrolado y caótico. Es así como la lectura de *Viajeros franceses a las Islas Canarias* puede provocar el asombro hasta para los propios habitantes del Archipiélago. Al menos, durante unos instantes de lectura, aniquilamos la verdadera «existencia» y nos adentramos en el tiempo de la memoria, un dulce sueño de imágenes entre las cuales, acaso, podamos aún reconocernos.

MARIANELA NAVARRO SANTOS  
Universidad de La Laguna